

POMPA Y CIRCUNSTANCIA



Ignacio Peyró

POMPA Y CIRCUNSTANCIA

Diccionario sentimental de la cultura inglesa

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Trooping of the Colour de Michael Freeman (Corbis Images).

© Ignacio Peyró, 2014

© Del prólogo, lord Tristan Garel-Jones, 2014

© De la fotografía de cubierta, Michael Freeman/Corbis, 2014

© Fórcola Ediciones, 2014

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-30572-2014

ISBN: 978-84-15174-90-5

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

Lord Tristan Garel-Jones

El mero currículum vitae de un ser humano no nos abre la puerta a su verdadera personalidad. Lo mismo pasa con las naciones. Para conocer el fondo de una nación hace falta ahondar en un sinfín de elementos a veces sorprendentes e incluso excéntricos.

El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte es una auténtica mina de sorpresas. Esta «enciclopedia» de Ignacio Peyró es una guía fundamental para quienes quieran entender ese extraño país que no tiene Constitución, cuyo Consejo de Ministros es, formalmente, una mera subcomisión del Consejo Privado de su Majestad, y cuyo deporte nacional (el *cricket*) consiste en partidos que duran cinco días (con descansos para tomar el té) y muchas veces acaban en empate.

En cierto modo, se puede argumentar que las naciones europeas que conocemos hoy emergen a raíz del Tratado de Westfalia, que acabó con la guerra de 30 años en el año 1648.

Sin embargo, Inglaterra ya iba por su propio camino. El rey Carlos I fue ejecutado en 1649, Guerra Civil, república liderada por Cromwell y restauración de la monarquía en 1660 en la persona de Carlos II.

Estos eventos, junto con la historia de la librería Heywood Hill, la salsa HP, el jabón Pears, el *Diccionario de Oxford*, Wellington, Wodehouse, Lady Di y otras historietas, hacen posible empezar a entender ese enigmático país.

La «enciclopedia» que ha escrito Ignacio Peyró es la mejor guía que conozco para quienes desean emprender este viaje.

«J'ai vu l'Angleterre dans ses anciennes mœurs
et son ancienne prospérité...»

François-René de Chateaubriand
Mémoires d'outre-tombe

«Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria.»

Benito Pérez Galdós
Trafalgar

INTRODUCCIÓN

Cuando lord Salisbury mandaba los barcos

El adjetivo «inglés» alude a un origen, pero durante siglos pareció más bien aludir a un prestigio o a un mérito. Así era todavía, hacia finales de los ochenta, en las urbanizaciones de Pozuelo y de Boadilla, en el «Madrid de los catedráticos». Si de una chaqueta se decía que era inglesa, no había más que decir; si un azucarero llevaba grabado el «Made in England», sólo podía tener ese acabado de perfección que –según leí mucho después– otorgaba Camba a toda manufactura de las islas. Lo inglés, de modo general –y desde mis primeros recuerdos–, tenía una asociación natural con lo bien hecho, con lo que era de toda la vida y estaba destinado a durar toda la vida, como una honestidad constitutiva o una solidez. Cualquier cosa –una mermelada, una colonia o un jersey– semejaba ennoblecer de rango al mostrar su pasaporte *british*, con el añadido de que en todo lo inglés no dejaba de haber un punto distintivo, una sensualidad muy propia, un encanto particular que asumía y daba congruencia incluso al tacto áspero de la lana, el olor algo clínico de la lavanda o el amargor de exceso de esa mermelada de naranja que alguien había traído de Londres. Como un elogio, la calidad inglesa se predicaba también de las personas, a quienes se alababa por mostrar los modales pulidos de un *gentleman*, la elegancia de un lord o, simplemente, una puntualidad británica. Incluso ir a un colegio inglés no dejaba de situar al alumno en una órbita sugestiva de praderas mullidas, clases de equitación y uniformes bien planchados. No en vano, en contraste con el brillo americano de lo nuevo, lo británico parecía mostrar siempre un arraigo inteligible, un sentido del tiempo o de la tradición habitable. Era algo evidente por sí mismo: cuando, en esa misma época, las gentes de las urbanizaciones empezaron a conducir coches caros, los más diferentes, los más singulares, eran los

ingleses; sólo ellos tenían ese empaque conservador, esos interiores de cueros y maderas de brillo amortiguado donde la tecnología no existía más que para ser disimulada.

Ligeras como son, es muy posible que estas percepciones revelen apenas –a decir de García Pelayo– «el embeleso del papanatas continental» respecto de Inglaterra. No constituyen, ciertamente, impresiones de originalidad, como tampoco se verán libres –por poca edad que uno tuviera– del ridículo inherente a los excesos del candor. Sin embargo, estas sensaciones primeras sirven a un efecto: el de subrayar que mi generación todavía se educó en «la convicción indiscutida», según palabras de Barzini, de que «lo británico era lo mejor». Así fue. Y poco importa que tal convicción resulte falsa o cierta, razonable o fantasiosa: importa más que aquella fuera –a buen seguro– la última generación que lo creyó. Y, ante todo, importa que, durante siglos, generaciones de europeos lo creyeran: porque Inglaterra ha sido detestada con denuedo, pero también ha sido amada e imitada con una pasión superior en todo lo que va de la equitación y la camisería a los derechos y libertades.

Nada parecía destinarla a provocar tanta visceralidad. Nada parecía predeterminar el éxito de ese «fragmento inútil de terreno –según nuestro Salas y Quiroga– que hubiera sobrado de la formación de Europa». Y nada parecía garantizar el amor ajeno a una nación que, en opinión del cualificado Maurois, no sentía por las naciones extranjeras más que «una inmensa indiferencia». Ni siquiera está de más recordar que España, Venecia o Francia ya habían sido admiradas y temidas antes de que –en órbita periférica– Inglaterra recibiera su cuota de admiración y de temor. Sin embargo, la «flam-bée» de la anglofilia iba a ser un afán universal y aparatoso: para John Lukacs, a tenor de su ascendiente «más social y civilizacional que político», nada menos que «un fenómeno casi sin igual en la historia de la humanidad». No en vano, desde los entusiasmos primeros de Voltaire a mediados del XVIII hasta el liderazgo de Churchill a mediados del XX, Inglaterra ejercería su tutela en el espectro de los saberes y los gustos, con pocas enmiendas a la totalidad: quizá, las artes galantes, la cocina, esa vieja tara británica de la música, la filosofía abstracta, la pintura. De la alabanza de las libertades políticas a la expansión del ideal del *gentleman*, Gibbon, continental y asombrado, constata cómo «nuestras opiniones, nuestras modas e

incluso nuestros juegos» se acogen, se celebran y se imitan en Europa. Y Gibbon no llegó a ver ese gran siglo inglés que delimitan «la morne plaine» de Waterloo y los cañones de agosto del 14.

En aquel amor a Inglaterra siempre se hizo presente la estima por una civilización «consagrada al cultivo de la vida interior, hecha de un sentido de la privacidad, un amor por la libertad disciplinada, el reconocimiento de que la verdad es más importante que la justicia». Sin duda, ceder a esa seducción anglófila podía revelar el punto de esnobismo de «una compensación a la falta de nobleza», pero también presumía una pertenencia intelectual, como dice Rouvillois, a la «clase *éclairée*». En el fondo, el gusto y la imitación de «la filosofía y la literatura y las costumbres inglesas», como observó Condorcet, implicaba no poco de aceptación pacífica de una primacía cultural, cuando no de un código moral superior. De ahí que la admiración generalizada diera, en tantas ocasiones, en emulación rendida: Balzac, en un gesto amargo, no deja de lamentar que los ingleses hubieran conseguido que todo el mundo se divirtiera como ellos.

Algún pecio de esa época subsiste en esos hoteles que aún ofrecen por la tarde el té con *scones*, como un tributo a la sacudida «anglo» que recorrió Europa. En los mejores tiempos de la anglofilia, Stendhal lamenta tener «la edad de *fifty-two*», Philippe Égalité importa de Inglaterra todo lo que va de amantes a camisas; Charles de Noailles y la Odette proustiana fingen, al hablar, acento inglés. La sobriedad del redingote –*riding coat*– marcaba el *bon ton* vestimentario y nacía esa mixtificación continental llamada «*style anglais*». Se fundan los primeros clubes continentales, las primeras *nannies* llegan a Europa, los primeros alumnos europeos llegan a las *public schools*. Se imponía «la manía de los caballos, de los coches, de los muebles, de las telas, de los clubes, de los whiskies, de los jockeys, de los fraques negros». Los jardines –en Francia– dejaban de guardar simetrías versallescas para someterse al «*désordre britannique*». Había intensa controversia: ¿cómo se comen en Inglaterra los espárragos? Los elegantes visten guantes de cabritilla y los petimetres forrados de *tweed* se atienen a la norma de enviar la ropa al tinte en Londres. También la mejor maquinaria –cosechadoras, locomotoras o telares– estaba allí, y allí había que ir a buscarla. Sin ironía, un boticario galo podía intitularse «farmacéutico del duque

de Northumberland», y hubo caza del zorro hasta en el Marruecos español. Todo parecía mejor en Inglaterra, como dice, en torno al Novecientos, Chevillon: las cañerías, el mobiliario, esa rara mezcla «del refinamiento de su vida y su misión divina como pueblo».

Es posible que aun el inglés «más tratable –como observó nuestro diplomático Acuña– tuviera algo de loco», pero fue una distinción de la civilización británica que, en palabras de Lukacs, pareciera más atractiva cuanto más de cerca se la viera. Así ocurrió con los «milords» del continente. Desde los primeros viajeros del Grand Tour, los ingleses se vieron rodeados de la crédula fascinación de sus contrapartes europeas: en sus estaciones de recreo, en sus establecimientos mineros o sus vías férreas, chocaban a la población local «por su confianza, su desenvoltura, por su manera de dar por hecho su lugar por el mundo, por un prestigio que el resto les querrían negar pero no pueden», según Huxley. Incluso su excentricidad –afirma Morand– parecía revelar su carácter de gran pueblo. Expatriados o turistas, los ingleses podían ser en el continente –escribe Álvarez Espriella, seudónimo extranjero de Robert Southey– aves de paso o aves de rapiña, pero muchos terminarían por anidar, por fundar colonias que hasta hoy perviven en lo que llama Buruma un «arco anglófilo» de complicidades, de Hamburgo a Oporto y del Báltico a Jerez, Málaga, Milán o la Riviera.

Si el marchamo de calidad de lo inglés iba a ser un convencimiento generalizado en el continente, la anglofilia no dejaría –aun así– de encontrar sus resistencias e, incluso, sus degeneraciones. También sus contrasentidos aparentes: como alerta temprana, el célebre *Préservatif contre l'anglomanie*, escrito aún en tiempos de Voltaire, critica la primera hornada de esnobismo britanizante, pero su propia arremetida concedió un salvoconducto de normalidad a la pasión. En todo caso, el anglófilo confeso no iba a tenerlo fácil: puede pensarse que los enemigos de Inglaterra –de Guillermo II a Hitler y Himmler o el mismo Napoleón– constituyen una excelente propaganda probritánica, e incluso algunos de ellos reconocieron a Inglaterra una grandeza como una subyugación desesperada. José de Quintana lo expresa bien después de Trafalgar: «Inglés te aborrecí, héroe te admiro». Sin embargo, el anglófilo también se iba a encontrar con el espejo de exageración de tantos dandis anglómanos como motivo de irrisión para su propia causa: su «entusiasmo cie-

go» y «esa manía de preferir lo que es inglés o lo que parece serlo» se hizo lugar común de la sátira, de Wilde a ese Bettino de Larbaud cuyos modos extranjerizantes llegaban a causar el sonrojo ajeno. Y, ante todo, el anglófilo continental iba a encontrarse con que «el resultado de la anglofilia es un amor rechazado», en tanto que los británicos, «por inseguridad y orgullo», «suelen alejar de sí a las mismas gentes que los admiran».

El *appeal* inglés lograría, con todo, superponerse, hasta cuajar en una estirpe intelectual, en ese tipo de hombre que observó Castillejo en Giner de los Ríos, cuyas cualidades incluían «un método de filtración lenta, de conversión, de pureza mezclada a lo impuro, de concordia inspirada en un ideal y de aprovechamiento de todas las fuerzas». Por su parte, la Inglaterra del corazón de los anglófilos iba a ser la misma que hizo suya Berlín: la tierra «del sentido común, de una cierta noción de la justicia, de las buenas maneras»; un país «gobernado por *gentlemen* decentes con grandes títulos y opiniones liberales». Real o elaborada, era una Inglaterra admirada hasta el mito porque en ella «la libertad, el humor y el respeto por la ley prevalecen sobre la búsqueda radical de la perfección humana».

Hubo una poética inglesa de la libertad. Con ella recordamos a ese viejo liberto americano que, acogido por la Corona, dio en llamarse «British freedom», al novelista Fontane que observó la condición de hombre libre en la orgullosa frente del inglés. Liberales y románticos de toda Europa iban a saber bien del ardor de la muchachada byroniana al socorro de las revoluciones locales: según explicó Addington al ministro de Estado español tras el fusilamiento de Riego, esos pioneros del idealismo internacional no buscaban sino expandir «la libertad constitucional como el culmen de la felicidad humana y de la perfección política». El camino liberal inglés, sin embargo, iba a ser de ida y vuelta: para miles de refugiados, entre ellos no pocos españoles, «los blancos acantilados de Inglaterra» representaron, como leemos en la emotividad de *La pimpinela escarlata*, «la tierra de la libertad y la esperanza». Tal vez, en efecto, los británicos no fueran «seres musicales ni especialmente listos», como escribió Tennyson, pero sí creían en una cosa: «que un hombre debe tener sus propias ideas sin que nadie le dé en la cabeza por ello». Contigua

a la libertad, esa otra hijuela ilustrada que es la tolerancia hizo bueno el aserto de que «el espíritu del siglo de las luces no es otro que el espíritu inglés». Ese espíritu se proyectaría, a modo de continuidad, en todo lo que va de las revoluciones liberales del XIX hasta la resistencia frente a los totalitarismos del siglo XX.

Libertad y tolerancia estarían en la misma base del sistema político británico: no, al modo gálico, como nociones abstractas, construcciones retóricas o ideales teleológicos, sino mediante un juego político singular y pragmático. Es la diferencia inglesa, tan visible –según se ha escrito– desde el telescopio de La Bastilla. Así, en vano buscaríamos en Inglaterra una Declaración de los Derechos del Hombre; en nada podríamos comparar la desnuda sobriedad de la Magna Carta con el ánimo declarativo de los grandes documentos firmados, también en el XVIII, en América o en Francia. Los modos políticos de Inglaterra eran muy distintos. Lejos de formular instituciones de nuevo cuño, la elasticidad del sistema británico permitía –como leemos en De Lolme, tan consultado por nuestros gaditanos– «una reforma continua» de las instituciones existentes. Si se quiere, era una política conservadora a fuer de empírica, partidaria de la mejora paulatina frente al avance revolucionario, con una articulación lo suficientemente amplia como para encontrar dentro de sí su propia corrección mediante un sistema de contrapesos al poder que impedía la arbitrariedad, repartía la capacidad ejecutiva y propiciaba grandes consensos. A resultas de ello, tal vez Inglaterra, como dice el mismo De Lolme, no tuviera todas las buenas leyes posibles; sin embargo, «todas las leyes» existentes se ejecutaban, atentos al paradigma burkeano de que la bondad de una nueva ley nada podría añadir a la bondad de un costumbre.

Voltaire fue el primero en estimar la política inglesa en su modestia y su grandeza. Inglaterra era la única nación que había logrado controlar el poder de los reyes y asentar un modo de gobierno «en el que el príncipe, todopoderoso para el bien, tiene las manos atadas para el mal, en el que los aristócratas son grandes sin arrogancia ni vasallos, y en el que el pueblo participa en el Gobierno sin confusión». Como ya vio el francés y remacharía Bagehot, los ingleses fueron los primeros en hacer de la crítica a la Administración parte tan sustancial de la política como la propia Administración. Por de-

cirlo con una atenuación a la británica, no era algo muy usual en el resto de Europa.

Nadie podría decir que la vida parlamentaria inglesa no tuviera ásperas refriegas, controversias, debates enconados, incluso máculas severas. Sin embargo, lo que llegaba a las costas del continente era la estabilidad y la solidez de sus instituciones, «igual que el mar más agitado parece, desde la distancia de una cumbre, un lago plácido». Había algo justo en esa percepción, tanto como para avalar que la política haya sido un «invento de los griegos adaptado por Albión a las exigencias del mundo moderno». Para comprender las razones no hay más que comparar: en los últimos dos siglos, Alemania ha conocido la monarquía, la república, el Reich, la partición en dos países de regímenes antagónicos y, por último, el modelo federal. Francia, por su parte, ha tenido una monarquía, dos imperios y cinco repúblicas. España, con sus invasiones, guerras civiles, dictaduras, dictablandas, transiciones y restauraciones, no ha sido menos en tumulto. Y, mientras tanto, Inglaterra ha vivido todo este tiempo en el discurrir de una monarquía parlamentaria asentada con firmeza, y sin un solo amago revolucionario desde el siglo xvii. No era, sin duda, el reino del idilio, pero la pregunta de Scruton sigue siendo pertinente: ¿qué gran país entró en la modernidad con menos sangre derramada, menos conflicto, injusticia y crueldad?

La mirada europea hacia Inglaterra, en ocasiones a medio camino entre el pasmo y el complejo, no podría explicarse sin los frutos mejores de su bien lubricada rodadura institucional: un círculo positivo de poderío político y potencia económica, signo visible de la «grandeza del país». «La riqueza de Inglaterra es proverbial –clama un exiliado polaco del xix–, sus recursos son ilimitados». La alianza de prosperidad y estabilidad también era evidente de puertas adentro, como confesó, con un punto de comedia, Ronald Knox: «[S]ólo quienes nacimos bajo la reina Victoria –dice– sabemos lo que es asu- mir, del modo más natural, que Inglaterra es de modo permanente la primera de las naciones, que los extranjeros no importan y que, si ocurre lo peor, Lord Salisbury mandará los barcos». Huxley lo corrobora: «... creer en Mister Gladstone y en nuestra superioridad moral e intelectual». Cuando, poco antes de la II Guerra Mundial, nuestro Gaziél se pregunta, angustiado, si Inglaterra está perdiendo preeminencia estratégica, no hace sino plasmar el sentimiento de tanto

tiempo en tantos europeos: «[E]l poder de Inglaterra [...] era incomparable, eso no tuvimos que aprenderlo jamás: cuando vinimos al mundo ya llevábamos dentro esa noción política fundamental, como los animales llevan misteriosamente su instinto».

No es de extrañar que tantos líderes quisieran imitar al pie de la letra los usos y virtudes del país que era «a la organización política y moral de Europa lo que es el corazón a la estructura física del hombre». Ahí estuvieron nuestros Jovellanos y nuestros Cánovas. Pero belgas, japoneses, italianos y alemanes intentaron también, aquí y allá, reproducir bien su flota, bien su esfuerzo colonial, bien esa Administración imperial que, para mayor ofensa, les salía baratísima a los hijos de Albión. Sin embargo, sólo Inglaterra dominaba, en expresión de Mackinder, «la isla del mundo». Y los demás no podían sino atenerse a llevar a la práctica el supuesto consejo de Felipe II: paz con Inglaterra, y con los demás, guerra. Y seguir buscando el álgebra mágica del éxito inglés.

No pocos factores habían coadyuvado a ese éxito. Se ha alabado el pragmatismo, la inventiva de un pueblo excelente para el comercio y las finanzas, celoso de su libertad, acostumbrado –por la falta de recursos del solar nativo– a buscar la riqueza fuera de su isla. Tal vez sea cierto, aunque habrá que señalar que su pericia náutica, por ejemplo, fue comparativamente tardía. Tenían el anclaje de sus instituciones, claro; tenían –tuvieron, a partir de un momento dado– el carbón. Y, ante todo, una flota capilarizada por todo el mundo como una gran policía. Tampoco es desdeñable lo que apuntan Canetti y Michelet: que Inglaterra fuera el país «con el sentimiento nacional más estable de la tierra», que los ingleses fueran «el orgullo personalizado en un pueblo».

Irónicamente, sin embargo, el secreto británico no estaba en las minas ni en los astilleros, sino en lugar de apariencia más humilde: las escuelas del país, esas escuelas capaces de ofrecer a la nación una clase dirigente inmejorable para renuevo de las elites y un paradigma ciudadano de comportamiento para el pueblo. Es el *gentleman*, la «grande création de l'homme» en Inglaterra. De hecho, si la anglofilia fue, como hemos citado, un fenómeno «más social y civilizacional que político», fue por la rápida intuición de que su dominio se asentaba sobre ese ideal de caballero capaz de anudar la

anglofilia política y la estética, la llama de la libertad y la majestad en gustos, carácter y costumbres.

Su vinculación con las *public schools* revela al *gentleman* no como producto de un azar privilegiado o una atávica comunión en los valores, sino que le da carácter de gran empeño nacional. Demolins, al tratar sobre Inglaterra, supo verlo: «la superioridad es la escuela», madre nutricia de ese estamento patricio «flexible como un junco [...] y paciente y perseverante como si hubiera hecho un pacto con la eternidad». A la escuela cabe atribuirle el aprendizaje de sus virtudes tradicionales: honestidad, lealtad, tenacidad, dominio de sí, competitividad, cultivo físico, valentía, esa capacidad de ser «malos a la hora de odiar» que vio Orwell; un cierto sentido de misión, de *noblesse oblige*, para con el servicio a su país. En ellas se criaba ese tipo de hombre que –como leemos en Granta– saludaba a la muerte como si saludara a su viejo profesor de latín.

La figura del *gentleman* se hará presente en las mejores páginas de Inglaterra: estará en el administrador imperial morigerado por el optimismo reformista de Bentham, en el financiero de la City que podía afirmar: «Mi palabra es mi compromiso», en ese jugador de *cricket* que nunca ciñó el *fair play* a los límites de la cancha. El *gentleman* iba a aportar la musculatura moral del país, a modo de singular confección meritocrática que aunaba «las maneras, la cultura, el valor, la virtud y esa cierta indiferencia de la aristocracia, pero sin necesidad de ancestros y riqueza». Sí, era «el tipo de hombre más perfecto de que puede proveerse una nación». Y por él vemos a Inglaterra –como tantas veces se ha escrito– en calidad de sucesora de Roma: «romana es su grandeza –escribe nuestro Donoso Cortés–, romano su patriciado, romana su plebe, romano su heroísmo, romana su virtud y por supuesto su Imperio dilatadísimo».

Con todo, el mérito decisivo de la crianza del *gentleman* no estuvo tanto en la provisión de buenos gobernadores coloniales, libres de toda corrupción, como en «el haber inculcado al pueblo las cualidades del *gentleman*». Sólo eso explicaría el alto tono humano y la «gentleness» que sorprendieron a tantos viajeros como patrimonio característico de la civilización inglesa, en todo lo que va de los modales de los conductores de autobús hasta la generación espontánea de las colas. Aquella percusión secular de un ideal de responsabilidad estaba destinada a tener, seguramente, la que fue su

finest hour, en la Segunda Guerra Mundial, como bien recordamos: «[C]ada mañana, a pesar de las bombas, el transporte funciona, se reparten las cartas, el pan y la leche llegan a cada puerta...». Cuando un piloto alemán acababa de abandonar su Messerschmitt caído, dos señoritas austenianas se acercaron a ofrecerle una taza de té. Eso era la *gentleness*.

De Disraeli a Gladstone, de Melbourne a Palmerston y de Salisbury a Macmillan, cuando ponderamos la lista incomparable de políticos que ha tenido Inglaterra, no podemos dejar de apreciar, como un bajo continuo, el haz tan vigoroso de las virtudes del *gentleman*. Fue esa noción la que dio verdad a la observación de Santayana: que «nunca desde Grecia hubo un dominio tan justo y tan jovial como el inglés». Y que sería «un día negro para la humanidad» cuando ese tipo humano se viera desplazado por «científicos acanallados, conspiradores, groseros y fanáticos».

La veneración rendida a Inglaterra contrasta con un dato de experiencia: nadie diría que Inglaterra haya sido fácil de admirar, ni siquiera de comprender. De los ingleses se ha hablado como de «los chinos de Occidente», y Ortega señalaría que «no hay hecho más extraño en el planeta que el pueblo inglés». No es sólo porque conduzcan al revés, porque tomen la cerveza tibia o hayan tenido cuatro medidas para el algodón, cuatro para el café, dos para la pimienta y dos para el azúcar. No es, siquiera, excentricidad o rareza: es, más bien, la percepción de que Inglaterra, en sí, es pura contradicción, o –por decirlo con un clásico *brit*– pura paradoja.

Tomemos la política: ha sido la más sólida, cierto, pero también ha sido la menos comprensible. Baste pensar que lord Chesterfield dijo que es el único país que tiene Constitución, y Tocqueville que es el único país que no la tiene. Ni Chesterfield ni Tocqueville fueron observadores romos: en su testimonio contradictorio tenemos tan sólo el indicio de que las instituciones inglesas podían ser razonables, pero nunca fueron racionales a ojos del continental. ¿Dónde se enumeran las funciones del primer ministro, dónde se listan y regulan sus competencias? En realidad, el cargo ni siquiera tiene reconocimiento oficial. Trazar el rastro del poder en Inglaterra parece una contradanza que nos llevara del Parlamento al Soberano y del